

# ***El Salvador: dificultades de la pax americana***

**Molina y Vedia, Eduardo**

---

**Eduardo Molina y Vedia:** Periodista argentino. Corresponsal en México y América Central de Utopías del Sur (Bs.As.). Fue director de la edición castellana de *Le Monde Diplomatique*, que se editara en Ciudad de México.

---

Cuando a mediados de julio concluyó en México, prácticamente sin resultados, una nueva ronda de negociaciones del gobierno de Alfredo Cristiani y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador, los medios políticos y diplomáticos vinculados al proceso de paz comenzaron a preguntarse sobre la posibilidad misma de que el diálogo superara finalmente la fase en que constituye un recurso político de las partes para ganar o conservar posiciones, pasando al diseño de un futuro viable. Por enésima vez, el mediador de la Organización de las Naciones Unidas, el diplomático peruano Alvaro de Soto, había insistido en que las conversaciones tenían por objetivo inmediato «despejar el camino para el cese del fuego», mientras las acciones bélicas sobre el terreno alcanzaban nuevos niveles de intensidad. Así, a medida que avanzan las tratativas, paradójica y contradictoriamente, la paz salvadoreña parece a la vez más cerca y más lejos que nunca.

## ***Globalidad vs. avances parciales***

El discurso ante la prensa del equipo mediador de la ONU para explicar este extraño fenómeno tiene dos vertientes, una «técnica» y otra «histórica». La primera alude a la globalidad del «paquete» en discusión, que haría imposible cristalizar en documentos los avances parciales alcanzados hasta no lograr un acuerdo total capaz de consolidar cada una de las coincidencias.

En las propias palabras de Alvaro de Soto: «ni la guerrilla puede aceptar un cese del fuego sin los cambios políticos y socioeconómicos que reclama, ni el régimen parece en condiciones de prometer siquiera tales cambios sin la garantía de un alto al fuego que oriente el proceso hacia una recuperación por parte suya del monopolio de la violencia legítima». La segunda vertiente, «histórica», para la justificación del incremento de la guerra como telón de fondo de las conversaciones de paz, consiste en evocar los casos similares del pasado en que los puntos culminantes del diálogo coincidieron con el paroxismo bélico. Si, como descubrió el general y escritor prusiano Karl von Clausewitz (1780-1831), creador de la Academia Militar de

Berlín, «la guerra es la continuación de la política por otros medios», en este tipo de procesos de negociación a menudo la mesa de los acuerdos se convierte en una prolongación de los acontecimientos que se desenvuelven en los campos de batalla.

### ***Las bases del diálogo***

Sustentadas en el «empate militar», vale decir, en la imposibilidad de ambos ejércitos, el guerrillero y el gubernamental, de definir dentro de un plazo razonable el conflicto en el terreno bélico, así como urgidas por el hartazgo de la gente ante una conflagración que le ha costado indecibles sufrimientos y que no parece ofrecer perspectivas de un desenlace positivo por obra de su propia lógica interna, las conversaciones de paz salvadoreñas, pese a la escenografía de desarrollos progresivos y de éxito reiteradamente inminente, montada por las partes y por el equipo mediador de la ONU, continúan empantanadas en un callejón sin salida. Casi 80 mil muertos, cientos de miles de heridos y mutilados, decenas de miles de torturados y presos, medio millón de exiliados y una cifra similar de desplazados internos, incalculables daños materiales, un país paupérrimo devastado por los bombardeos de saturación de la fuerza aérea gubernamental, una ecología que tardará décadas en recuperarse, parecen no haber sido un calvario suficiente, al cabo de once años de guerra, para que los algo más de cinco millones de salvadoreños puedan vislumbrar un futuro de paz y desarrollo. En tanto que la ONU crea un contingente especial de «casco azul» (el ONUSAL, o grupo de observadores para el cese del fuego en El Salvador) y le destina un presupuesto de ocho millones de dólares para el primer año y más de un centenar de funcionarios como personal de contratación internacional, la violencia bélica sobre el terreno empeora cada día en forma paralela al endurecimiento de la retórica político-diplomática intercambiada entre ambas partes.

### ***A Dios rogando y con el mazo dando***

Así, como para saludar la ronda de diálogo de México de mediados de julio, el régimen (o sus sectores ultras, que no existirían sin la aquiescencia oficial) incrementó el accionar de sus «escuadrones de la muerte», cuerpos paramilitares encargados de liquidar opositores, concretando varios asesinatos de destacadas personalidades de la insurgencia, a la vez que el ejército gubernamental reforzaba su accionar sobre «territorio liberado» por el FMLN. En respuesta, la guerrilla lanzó su exitosa campaña de contraofensiva denominada «Si la fuerza armada quiere armas, que gane la guerra». En el lujoso Hotel Paraíso Radisson, ubicado en el sur de la ciudad de México (junto a las pirámides de Cuicuilco, el más antiguo asentamiento huma-

no conocido del continente americano), los voceros de las partes en conflicto comentaron contradictoriamente el agravamiento de la guerra en El Salvador sin dejar la mesa de negociaciones.

En momentos en que ni siquiera podían ponerse de acuerdo sobre la agenda a discutir, el coronel Mauricio Ernesto Vargas, subjefe del estado mayor del ejército gubernamental, poco después ascendido a general, comentó con displicencia que «no compartía» las acciones militares insurgentes porque «recurrir a la violencia cuando los mecanismos de comunicación están abiertos no es lo más adecuado». A su vez, Leonel González, comandante del FMLN, definió la campaña rebelde como «una legítima defensa ante las ofensivas del ejército gubernamental». Para González, miembro de la comandancia general insurgente, la actividad militar rebelde buscaba «mostrar a los sectores que aún creen que puede derrotar por la fuerza a la guerrilla, que no es ése el camino». Según él «todas las declaraciones del general René Emilio Ponce, ministro de Defensa del régimen, van en el sentido de poder derrotar militarmente al FMLN, y eso no contribuye a la paz». Por su parte, Vargas amenazó con que «la violencia guerrillera puede llevar a interrupciones o a la ruptura del proceso negociador» y calificó de «irracional» el asesinato de un dirigente del movimiento popular a manos de los subsistentes escuadrones de la muerte, hecho que la insurgencia consideró, en cambio, como «un signo de provocación» del gobierno y la fuerza armada oficial. «No buscamos cambiar totalmente la correlación militar, sino mostrar la inviabilidad de la conflagración bélica», explicó González. Pero en la mesa del diálogo lo que quedaba de manifiesto era la inviabilidad de los acuerdos políticos.

### ***El empantanamiento***

Ni la agenda se podía establecer: mientras los rebeldes proponían discutir los temas de la fuerza armada, la participación pública del FMLN en la vida política y la situación socioeconómica, el gobierno pretendía circunscribir el debate a los temas de la permanencia (con leves retoques) de la fuerza armada gubernamental y el cese del fuego, con reclusión en áreas controladas y circunscritas de las fuerzas guerrilleras del FMLN. Al terminar el diálogo de Cuicuilco, la guerra ardía en diez de los catorce departamentos del pequeño territorio salvadoreño, la insurgencia anunciaba medio millar de bajas gubernamentales y ocupaba poblados y cuarteles en acciones de propaganda, para abandonarlos poco después, y el comandante Leonel González anunciaba una tregua unilateral del lunes 15 al miércoles 17 de julio con motivo de la cumbre de presidentes centroamericanos escenificada en la ciudad capital, San Salvador, en una actitud que el presidente Cristiani descalificaba,

definiéndola como «pura propaganda». Simultáneamente el jefe de la delegación gubernamental en las negociaciones de paz, Oscar Santamaría, estimaba que sería «largo» el proceso para llegar a un acuerdo de cese del fuego con la insurgencia y repetía, como una letanía, la versión oficial (hacia afuera) de la marcha de las conversaciones: «Hubo avances en torno a puntos específicos, aunque no se pueden dar a conocer porque lo que está en discusión es un paquete global de soluciones».

Más realistas, los partidos de oposición expresaban su alarma por la falta de acuerdos y el punto muerto en que amenazaban entrar las negociaciones. Según el vocero de la democracia cristiana el resultado había sido «decepcionante», en tanto que para la Convergencia Democrática, una fuerza política de centro-izquierda que mantiene vínculos con la insurgencia, «la falta de pactos podría generar desesperación en la gente y crear condiciones para un recrudecimiento de la guerra». Rubén Zamora, líder de la Convergencia Democrática y uno de los políticos más lúcidos de El Salvador, sostuvo que «hay intentos de la derecha y de sectores militares dirigidos a entorpecer las negociaciones de paz», o indicó que «tal Situación se ha reflejado en un retroceso en la posición gubernamental respecto de los anteriores encuentros realizados desde fines del año pasado en las ciudades de México y Caracas». Tampoco la Primera Cumbre Presidencial Iberoamericana de Guadalajara -reunida el 18 y 19 de julio en la segunda ciudad de México, con la participación de los 23 jefes de Estado y de gobierno de los 21 países de la península ibérica y de América Latina y el Caribe - cumplió su papel de supermercado de la diplomacia, pese a la presencia simultánea en esas 48 horas de personajes clave como los presidentes Cristiani, Carlos Andrés Pérez de Venezuela, César Gavidia de Colombia, Carlos Salinas de Gortari de México y Fidel Castro de Cuba.

### ***Un marco mundial inestable***

El fin de la Guerra Fría y la voluntad expresa de conciliación global, y en particular en materia de conflictos regionales, por parte de las dos superpotencias declinantes, los Estados Unidos y la Unión Soviética, limitó las bases de sustento externas del conflicto salvadoreño y puso al desnudo sus motivaciones y su lógica endógena, las razones genuinamente vernáculas de su desgarrador trámite. Jaqueado al respecto en el Congreso de los Estados Unidos por la mayoritaria oposición democrata, que arrastra asimismo tras de sí a un sector de la minoría republicana, el presidente de los Estados Unidos, George Bush, hace esfuerzos denodados por reanudar la ayuda abierta a la fuerza armada salvadoreña y mantiene sus suministros y su respaldo, sin los cuales el conflicto no duraría.

El triunfal viaje de junio efectuado por el presidente Cristiani a los Estados Unidos confirmó lo que todos pensaban. La Casa Blanca no abandonará a sus aliados centroamericanos en ninguna coyuntura y si bien presiona a los regímenes más obsoletos para que se actualicen, no está dispuesta a admitir pasivamente el ascenso de nuevos gobiernos autónomos. El recrudecimiento de las presiones de derecha sobre el gobierno de la presidenta Violeta Chamorro en Nicaragua, acompañado del surgimiento de la llamada «recontra»; el incremento del accionar de los «escuadrones de la muerte» en Guatemala, simultáneo con el comienzo de un diálogo de paz que tampoco avanza; la falta de ayuda económica internacional para la recuperación centroamericana; las acusaciones contra la revolución cubana de ser responsable de la subsistencia de la guerra salvadoreña y las presiones sobre México para que abandone su política exterior independiente y en favor de la paz, son otros tantos signos, dentro de un marco mundial caracterizado por el recrudecimiento de conflictos regionales y el intervencionismo bélico del bloque de grandes potencias encabezado por Estados Unidos, de las enormes dificultades que afronta la imposición en el continente del «Nuevo Orden» bajo hegemonía de la Casa Blanca, anunciado por el presidente George Bush en sus horas triunfales de la devastación de Irak con aval de las Naciones Unidas. La «pax americana» no sólo encuentra fuertes resistencias en las fuerzas políticas organizadas y en los pueblos de la región sino que además se revela cada vez con mayor claridad como inviable, a partir de la invasión a Panamá del 20 de diciembre de 1989 y del callejón sin salida en que se encuentra allí el régimen impuesto por las tropas del Pentágono. En tales condiciones, cuando se volvía a amenazar con nuevos bombardeos sobre Irak bajo el argumento de impedirle pertrecharse de armas nucleares, la posibilidad de que tras la escenografía de las negociaciones de paz se esté incubando una prolongación y un crecimiento futuro de las guerras que devastan a América Central empezaba a ser considerada como una temible e indeseable posibilidad.

### ***El endurecimiento recíproco***

«Dos partes que sólo se conforman con la capitulación lisa y llana del contrario no pueden esperar el logro de acuerdos de importancia», comentaba recientemente una fuente diplomática de la capital mexicana vinculada a la gestión mediadora de la ONU en el proceso de negociaciones para lograr la paz en El Salvador. «Lo que no está claro - agregaba la fuente - es si alguna de las partes tiene o cree tener el transcurso del tiempo a su favor y si ése es un factor que está siendo jugado tras bambalinas en la manipulación de las conversaciones. Sin embargo, concluía, «lo más probable es que el cansancio de la opinión pública salvadoreña ante las consecuencias de la guerra y la presión de los aliados externos de ambas partes (urgidos

de un acuerdo) estén obligando tanto al régimen como a la insurgencia a no romper el diálogo, dado el alto costo político que ello tendría para quien fuese considerado responsable de su interrupción».

A pesar de ello, el endurecimiento de las partes es manifiesto. Los negociadores gubernamentales, por ejemplo, propusieron en las últimas rondas de diálogo sustituir la palabra «depurar» por «evaluar», en referencia a la purga que exige la insurgencia en el interior de la fuerza armada del régimen, así como eliminar el capítulo destinado a terminar con la impunidad de los asesinatos y las masacres de carácter político. La delegación guerrillera exige el esclarecimiento y el castigo de los casos más escandalosos que ejemplifican el accionar de las fuerzas paramilitares del régimen, como la matanza de los seis sacerdotes que integraban la conducción de la orden religiosa jesuíta en San Salvador y de personal a su servicio.

Fuentes próximas a la delegación negociadora insurgente señalaron en la capital mexicana que el presidente Cristiani se pliega a este retroceso en las posiciones oficiales, presionado por los sectores más retrógrados de la fuerza armada, «sobre todo ahora, que tras su viaje de junio a Estados Unidos tiene la expectativa de que se levanta la suspensión del apoyo económico legal y abierto de la Casa Blanca».

Desde 1987 Estados Unidos autorizó el suministro de 440,5 millones de dólares en ayuda militar al gobierno salvadoreño, contra sólo 1,5 millones de dólares de ayuda económica. De concretarse en las próximas semanas el desembolso de los 42,5 millones de dólares de ayuda militar adicional prevista para este año no sólo se interrumpiría el pacto entre el Congreso estadounidense y la Casa Blanca de retener los fondos hasta septiembre, con el argumento de «las graves violaciones de los derechos humanos» (que en realidad nunca impidieron esa ayuda), sino que desaparecería uno de los factores principales que fuerzan a negociar al régimen. En ese caso la insurgencia tendría que reconsiderar su participación en el proceso negociador y la propia marcha de la guerra, que se orientaría hacia su prolongación y quizás hacia un agravamiento que no excluiría su potencial alcance regional, dado el curso de los acontecimientos en Nicaragua y Guatemala. De ahí que no resulte un simple alarde retórico la declaración del comandante guerrillero del FMLN Chano Guevara, responsable de las fuerzas insurgentes en el cerro de Guazapa, próximo a San Salvador, cuando declaró al Diario Latino de esa capital que posee misiles soviéticos tierra-aire «SAM-16», que los usará toda vez que lo crea conveniente, que puede conseguir más cuando los necesite y que tanto la Casa Blanca como el Kremlin lo saben porque los tienen fotografiados desde satélites.

### ***La paz después de la justicia***

Las condiciones políticas y socioeconómicas (internas, regionales y mundiales) que dieron origen a la cruenta conflagración bélica salvadoreña no se han modificado en lo esencial y el régimen en el poder se resiste a introducir los cambios capaces de abrir un nuevo capítulo en la historia de este pequeño país. Las amenazas de corte de la ayuda militar al régimen, alternadas con las promesas de asistencia económica interna para el desarrollo, el discurso integracionista regional y los himnos triunfales al advenimiento del nuevo orden neoliberal del libre mercado, no pueden ocultar un hecho: la persistencia de la crisis socioeconómica capitalista de ciclo prolongado iniciado a comienzos de los 70, su deslizamiento al borde del abismo de un colapso financiero mundial, la agudización de la competencia de los grandes bloques con aspiraciones y funciones imperiales (como Japón, Europa y Estados Unidos), ejemplificada por el fracaso del GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) en su tarea de abatir el proteccionismo y la guerra comercial, y el cada vez más profundo empantanamiento de las economías del mundo periférico dependiente, sumido en niveles de producción y consumo inferiores a los alcanzados hace veinte años.

Es esta realidad de fondo la que presiona sobre los procesos políticos y los reagrupamientos de fuerzas a escala regional y mundial, y la que determinará finalmente la consolidación de los procesos de restablecimiento de una paz negociada o la persistencia de la guerra. En América Latina y el Caribe los casos de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Colombia y Perú constituyen graves fisuras en el panorama democrático-representativo, ordenado y estable, que los poderes imperiales dominantes han diseñado para la región.

Tras siglos de dominación, primero colonial y luego imperialista, la miseria, la desesperación y la violencia son, en la casi totalidad de los países latinoamericanos y caribeños, cada vez mayores. Más allá de los discursos apologeticos y consolatorios del poder y sus epígonos, las llamadas «democracias latinoamericanas» son ya, a todas luces, grotescas mascaradas mediante las cuales las oligarquías disfrazan de legalidad un sistema que sólo se sustenta en el atraso, la arbitrariedad y la violencia. El caso de El Salvador es sólo uno de los más prominentes entre otros. Allí también, la paz sólo puede surgir de la justicia.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 115 Septiembre- Octubre de 1991, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.